



CAPÍTULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo D. Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

AL compás de la agradable música vieron que hacia ellos venía un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venía un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano.

Era el carro dos veces y aún tres mayor que los pasados, y los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venía sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacían si no rica, á lo menos vistosamente vestida. Traía el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubría un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete. Junto á ella venía una figura vestida de una ropa de las que llaman razogantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los duques y de Don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada y fea, de que Don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los duques hicieron algún sentimiento temeroso.

Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta, comenzó á decir desta manera:

Yo soy Merlin, aquel que las historias dicen que tuve por mi padre al diablo (mentira autorizada de los tiempos), príncipe de la mágica, y monarca y archivo de la ciencia zoroástrica, émulo á las edades y á los siglos, que solapar pretenden las hazañas de los andantes bravos caballeros, á quien yo tuve y tengo gran cariño.

Y puesto que es de encantadores, de los magos ó mágicos, contino dura la condición, áspera y fuerte, la mía es tierna, blanda y amorosa, y amiga de hacer bien á todas gentes.

En las cavernas lóbregas de Dite, donde estaba mi alma entretenida en formar ciertos rombos y caracteres, llegó la voz doliente de la bella y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamiento y su desgracia, y su transformación de gentil dama en rústica aldeana: condolíme y encerrando mi espíritu en el hueco desta espantosa y fiera notomía, después de haber revuelto cien mil libros desta mi ciencia endemoniada y torpe, vengo á dar el remedio que conviene á tamaño dolor, á mal tamaño.

Oh tú, gloria y honor de cuantos visten las túnicas de acero y de diamante, luz y farol, sendero, norte y guía de aquellos que dejando el torpe sueño y las ociosas plumas, se acomodan á usar el ejercicio intolerable de las sangrientas y pesadas armas:

á ti digo, oh varón, como se debe por jamás alabado: á tí, valiente juntamente y discreto Don Quijote, de la Mancha esplendor, de España estrella, que para recobrar su estado primo la sin par Dulcinea del Toboso, es menester que Sancho tu escudero se dé tres mil azotes y trescientos en ambas sus valientes posaderas, al aire descubiertas y de modo que le escuezan, le amarguen y le enfaden y en estos se resuelven todos cuantos de su desgracia han sido los autores. Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto á tal, dijo á esta sazón Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas. Válete el diablo por el modo de desencantar: yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Por Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera.



Yo soy Merlin, aquel que las historias dicen que tuve por mi padre al diablo.

como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura.

—Tomaros hé yo, dijo Don Quijote, Don villano, harto de ajos, y amarraros hé á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan á tres mil y trescientos tirones; y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo cual, Merlín dijo:

—No ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejación por la mitad deste vapulamiento puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada.

—Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho, á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Pari yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo? abernuncio.

Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pie la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlín venía, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que á todos pareció más que demasíadamente hermoso, y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dijo:

—Oh, malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcor-



noque, de entrañas guijeñas y apedernaladas, si te mandaran, ladrón, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras; si te persuadieran á que mataras á tu mujer y á tus hijos con algún truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trescientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo.

Pon, oh miserable y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en la niñes destos mitos, comparados á rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo á hilo, y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas.

Muévate, socarrón y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mía, que aun se está todavía en el diez y de los años, pues tengo diez y nueve, y no llevo á veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezo, es merced particular que me ha hecho el señor Merlín, que está presente, sólo porque te enterezca mi belleza: que las lágrimas de una afigida hermosura vuelven en algodón los riscos y los tigres en ovejas.

Date, date en esas carnazas, bestión indómito, y saca de varón ese brío, que á sólo comer y más comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condición y la belleza de mi faz: y si por mí no quieres ablandarte, ni reducirte á algún razonable término, hazlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo, digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.

Tentóse oyendo esto la garganta Don Quijote, y dijo volviéndose al duque:

—Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta.

—¿Qué decís vos á esto, Sancho? preguntó la duquesa.

—Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abernuncio.

—Abernuncio habéis de decir, Sancho, y no como decís, dijo el duque.

—Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy ahora paa mirar en sotilezas ni en letras más ó menos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querría yo saber de la señora mi señora Doña Dulcinea del Toboso, adónde aprendió el modo de rogar que tiene: viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestión indómito, con una tiramira de malos nombres, que el diablo los sufra.

¿Por ventura son mis carnes de bronce, ó vame á mí algo en que se desencante ó nó? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refrán que dicen por ahí: que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que más vale una toma que dos te daré?

Pues el señor mi amo, que había de traerme la mano por el cerro y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, dice que si me coge me amarrará desnudo á un árbol y me doblará

la parada de los azotes; y habían de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador, como quien dice, bebe con guindas.

Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar y á saber pedir, y á tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verte roto, y vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan agena dello como de volverme cacique.

—Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el duque, que si no os ablandáis más que una breva madura, que no habéis de empuñar el gobierno. Bueno sería que yo enviase á mis insulanos un gobernador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolución, Sancho, ó vos habéis de ser azotado, ó os han de azotar, ó no habéis de ser gobernador.

—Señor, respondió Sancho, ¿no se me darían dos días de término para pensar lo que me está mejor?

—No, en ninguna manera, dijo Merlín, aquí, en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su pristino estado de labradora, ó ya en el sér que está será llevada á los eliseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo.

—Ea, buen Sancho, dijo la duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habéis comido del señor Don Quijote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condición y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazón quebranta mala ventura, como vos bien sabéis. A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlín, le preguntó:

—Dígame vuesa merced, señor Merlín, cuando llegó aquí el



Se volvieron á su castillo con propuesto de secundar en sus buzias.